

Cuento sobre un instrumento musical de Turquía **El viaje desde el cañaveral**

Había una vez un lejano cañaveral, con grandes extensiones de juncos en aguas poco profundas y frescas. Era el hábitat de muchas aves raras, así como de algunos mamíferos como nutrias y castores. En primavera, se oía el canto de las aves migratorias y se podían ver espectaculares libélulas a partir de abril. En otoño, se veía la llegada de miles de patos, gansos y cisnes.

Entre esas grandes extensiones de juncos había un joven junco que no se sentía del todo cómodo consigo mismo. A menudo se comparaba con los demás y se consideraba inútil e inservible. Pensaba que los pájaros podían crear alegres sonidos que alegraban el día; que las nutrias eran perfectas para bucear y nadar; que los castores eran muy buenos creando estanques; y que las coloridas libélulas podían volar a gran velocidad. ¡Y él mismo! Ni siquiera podía moverse. Solía pasar sus días deseando miserablemente tener otra vida y poder hacer más como los demás en su hábitat.

El mejor amigo del joven junco era un castor. Solían tener largas conversaciones. Al joven junco le encantaba escuchar al castor contar historias sobre el mundo exterior que le encantaría ver. El castor, en cambio, escuchaba constantemente al joven junco contarle lo inútil que se sentía. Aunque sentía mucha pena por el joven junco, no podía hacer nada más que escuchar e intentar comprender a su amigo. Solo deseaba que algún día descubriera su propio ser y su propio valor.

Ese día, mientras el joven junco escuchaba las historias del castor como de costumbre, oyó un ruido extraño. Se preguntó y miró a su alrededor. Los juncos mayores se animaron. "¿Qué es este ruido? ¿Y por qué están tan contentos?", preguntó el joven junco a los mayores. "Es tiempo de cosecha. Su largo viaje puede comenzar pronto, si son elegidos", dijeron.

Justo cuando el joven junco iba a preguntar de qué se trataba ese viaje, alguien lo recogió. Todo ocurrió tan rápido que el joven junco ni siquiera tuvo tiempo de despedirse de su mejor amigo, el castor.

El joven junco fue llevado a un lugar donde vio otros juncos. Tuvo que quedarse allí mucho tiempo, casi un año. Cada vez que se sentía impaciente y aburrido, los otros juncos le decían que debía esperar pacientemente a que sucedieran las cosas buenas. Pero él no les escuchaba; pensaba que su vida terminaría allí. Tras esperar casi un año y una vez que se secó, pasó por una serie de procesos. Primero, le mantuvieron en aceite durante un tiempo. Después de este proceso, se sintió más fuerte. Luego, le tallaron 26 agujeros en su cuerpo con tanto cuidado que no sintió ningún dolor. Se estaba transformando en algo, pero ¿en qué? El joven junco se sentía diferente. ¡Era diferente!

Entonces, tras ese aliento milagroso insuflado en el junco, escuchó ese sonido doloroso y conmovedor que podía producir. Ahora el junco era un preciado instrumento musical llamado Ney. Desde entonces, su sonido ha dado voz a los humanos que añoran el lugar del que fueron separados.